

entendido su grandeza. Debió Napoleón explicársela en términos que la entendiera. La expedición de México, tuvo por objeto colocar en el trono de este país á Maximiliano; pero ¿qué objeto se tuvo al colocar á Maximiliano en el trono? Al pueblo francés no podía entusiasmarle cometer un atentado internacional por dar un trono á un príncipe austriaco que no le había hecho ningún servicio.

La idea napoleónica de poner un dique á la ambición de los Estados Unidos no podía entusiasmar á un pueblo como el francés, mucho más ambicioso que el norteamericano en materia de conquistas. La causa sudista norteamericana tan simpática á Napoleón y tan ardientemente sostenida por sus periódicos « *Le Constitutionnel*, « *La Patrie* » y « *Le Pays* », era muy antipática al pueblo francés, que veía en ella la causa de la esclavitud con el abominable programa de extenderla en la América latina. Los confederados norteamericanos no representaban á un pueblo oprimido y doliente que busca la libertad por la independencia; representaba á un pueblo opresor que se irrita porque le ponen límite en sus maldades. La causa del Sur no podía ser simpática para ningún pueblo libre y honrado. Su triunfo podía convenir mercantilmente á Inglaterra y Francia; no era una causa digna de la civilización, no pasaba de negocio sucio, de crimen social. Las masas tienen una alma

muy distinta de la de los diplomáticos; les gusta todavía la justicia.

*
**

A los mexicanos ilustrados tampoco podía entusiasmarlos la obra gloriosa de Napoleón, de fundar una monarquía en México, para que los Estados Unidos no le absorbiesen. Á un pueblo débil se le puede dotar de un gobierno fuerte; pero esto no convierte á una nación de cuarto ó quinto orden en potencia militar de primer orden. Lo que era necesario para impedir la absorción de México, era hacer fuerte á la nación y esto no se consigue recargándola de deudas, aplastándola con bonos Jecker, y poniendo á su cabeza un príncipe sin cabeza. Aun cuando Maximiliano hubiera sido un genio, no hubiera tenido tiempo para resistir á cualesquiera de los vencedores en los Estados Unidos, sudistas ó nordistas. Tan débiles eran los mexicanos con ó sin Maximiliano para resistir á los seiscientos mil soldados unionistas de los Estados Unidos, como á los trescientos ó cuatrocientos mil de los confederados, si hubieran triunfado.

Por otra parte, si Napoleón quería hacer algo serio contra la potencia de los Estados Unidos ¿por qué no tomó el camino racional directo, y dió auxilio moral, militar y pecuniario á los sudistas, en ei

momento en que éstos estuvieron á punto de triunfar? Yo creo que lo pensó y que si no lo ejecutó fué porque casi al mismo tiempo que recibía la noticia de la ocupación de la ciudad de México, recibió también la muy sensacional de la derrota del general Lee en la batalla de Gettysburg. Se ha considerado que esta derrota salvó la causa de la Unión y por consiguiente destruyó los planes efectivos de Napoleón respecto de los Estados Unidos y México. La batalla de Gettysburg desprendió de la intervención el verdadero proyecto napoleónico.

La historia de Francia enseñaba á los mexicanos cultos que su generosidad no había sido gratuita más que en los dos casos que habían tenido por objeto favorecer los intereses del clero. La proclama de Forey del 11 de Julio de 1863, era abiertamente contraria á las pretensiones del clero, luego tocaba á México el caso de pagar la factura de la generosidad. México no tenía dinero, luego el pago tenía que hacerse en kilómetros cuadrados de territorio.

*
**

No obstante todo lo que acabo de exponer, hay un hecho que en mi concepto prueba que en el programa de Napoleón había algo más que el deseo de tomar un pedazo más ó menos grande de nuestro territorio. ¿Qué necesidad tenía Napoleón de Almonte

y socios, de indisponerse con el pueblo francés, de irritar al de los Estados Unidos con el dique contra su ambición, de recibir silbidos, con plantear la cuestión de razas en una época que impone su desaparición, de fungir como destructor de repúblicas, de alarmar á las demás naciones latino-americanas, de gastar mucho oro y muchas vidas, si para obtener una porción de nuestro territorio le hubiera bastado cobrar los millones de pesos de la factura Saligny y, no siendo pagado por Juárez, tomar á Sonora ó á Tehuantepec, para saldar su cuenta? Hay que fijarse en que España ya había organizado sus fuerzas para invadirnos en Septiembre de 1861 cuando Napoleón decidió formar parte de la expedición. ¿Qué habría hecho Juárez si Napoleón en vez de enviar sus tropas á Veracruz, las hubiera enviado á Guaymas, pedido allí los millones que reclamaba y que no se le podían pagar y ocupar con cuatro mil hombres el Estado de Sonora, en prenda, mientras no se le pagase, y advirtiendo que si en determinado tiempo no se le saldaba su cuenta se pagaría con Sonora? ¿Hubiera podido Juárez enviar siquiera un soldado hasta Sonora estando invadido por los españoles y obligado á defender la República? Las potencias conquistadoras no necesitan de muchas combinaciones y de crearse grandes dificultades para quitar á un pueblo débil parte de su territorio. Todos los partidos en Francia comenzando

por el republicano, habrían victoreado á Napoleón por la rápida toma barata y provechosa conquista de Sonora como han aplaudido las conquistas del Sudán, de Túnez, de Madagascar y del Tonkín.

Hasta el momento en que el general Forey ocupó la capital, las intenciones de Napoleón fueron las que daba á conocer en las proclamas que en su nombre se publicaban, con excepción de algo sobre la adquisición de Sonora.

El odio de Napoleón á Juárez y al partido reformista estaba justificado si se atiende á la creencia que tenía el Emperador de que en tiempos ordinarios las rentas fiscales de México se elevaban á cincuenta millones de pesos al año. Sin esta creencia, sin este triunfo de la tenebrosa y hábil diplomacia de Almonte, la intervención francesa jamás hubiera tenido lugar.

Napoleón III escribía al general Forey, dos meses antes del sitio de Puebla : « Cuando lleguéis á México debéis ocuparos desde luego en restablecer el orden en las finanzas, pues esto nos permitirá sin sobrecargar al país, pagarnos nuestras indemnizaciones. Según los datos que he adquirido, **los ingresos ordinarios de México en tiempos ordinarios alcanzan á cincuenta millones de pesos**, sea doscientos cincuenta millones de francos y como la administración de México puede ser ampliamente pagada con veinte millones de pesos, ten-

dremos, pues, todos los años un sobrante de ciento cincuenta millones de francos con los cuales será posible no solamente pagarnos nuestros gastos de guerra, sino presentar las bases para un empréstito que podrá ayudar á la regeneración del país (1). »

El presupuesto de egresos amplió en tiempo de Juárez en 1861 ascendió :

Deuda pública	\$ 2.400,000
Presupuesto federal	14,000,000
Presupuesto de los Estados	8.000,000
	24.000,000

Producían los ingresos, según se le había hecho creer á Napoleón, cincuenta millones; luego quedaba un sobrante de 25,600,000 pesos. Juárez podía, pues, haber conseguido un empréstito de doscientos millones de pesos para impulsar la **fabulosa riqueza del país**, el más rico del mundo, mentira que todos sostenían; y descontado el servicio de réditos y amortización, sobraban aún nueve millones de pesos, para hacer más rápido el progreso nacional.

¿ Por qué no lo hacía Juárez? ¿ Por qué sus empleados se morían de hambre? ¿ Por qué el pueblo desnudo y hambriento? ¿ Por qué la deuda interior despreciada, valiendo tres por ciento? ¿ Por qué esa falta de crédito cuando los elementos fiscales eran para obtener trescientos millones de pesos de em-

(1) Gaulot, *Réve d'empire*, pág. 114.

préstito? ¿ Por qué ese aspecto social de ruina lúgubre, en vez de presentarse como país exuberante en riqueza y civilización? Á esto se contestaba en París que la facción liberal todo se lo cogía, todo lo devoraba, todo lo dislocaba y que sólo había una cosa en regla; el peculado, la depravación, el crimen.

Desde el momento en que se aceptaba la mentira de que las rentas fiscales de México ascendían en 1861 á cincuenta millones de pesos anuales, teniendo á la vista el estado hambriento y miserable del país, había forzosamente que aceptar que el pueblo mexicano era la víctima agonizante de una banda de facinerosos que fuera de las leyes humanas y de todo respeto á la moral y á la civilización daban al mundo un asqueroso escándalo de ignominia y vandalismo.

Todo hombre honrado, patriota y sensato, tenía que ver en Juárez un jefe de bandidos y que aplaudir, en Napoleón ó en cualquier soberano, la decisión de exterminar lo que no era gobierno, ni partido, ni facción, ni camarilla; sino una turba salvaje ebria de sangre, sedienta de oro y sin más ideal que la disolución y la vergüenza para su patria. ¡ Cincuenta millones de pesos anuales de ingreso y México en el lodo de la anarquía y de la abyección, justificaban la intervención, la glorificaban; el patriotismo consistía en exterminar á Juárez y su cuadrilla

y besar la mano de hierro y de justicia de Napoleón III !

Tales eran las deducciones indispensables, estrictamente lógicas, elevadamente morales, profundamente patrióticas, de la aceptación de la falsedad de que las rentas ordinarias de México eran cincuenta millones de pesos. Esta falsedad como lo decía M. Corta, como lo prueban los razonamientos que acabo de hacer, tenía que ser fundamental, decisiva, necesaria, para que en servicio y honra de la humanidad, Napoleón III procediera á derrocar á Juárez.

Hacerle creer á Napoleón lo de los cincuenta millones de pesos fué el triunfo de Almonte, era lo que hacía sensata, humanitaria, gloriosa é indispensable la intervención y por tal motivo Jauret llama á Almonte el genio maléfico de Francia y México.

Pero sobre el motivo de los cincuenta millones de pesos de ingresos, había otro muy grave para obligar á Napoleón III á hacer la guerra al Gobierno de Juárez. De Diciembre de 1860 á Septiembre 1861, veintitrés franceses habían sido asesinados por autoridades militares liberales y Juárez se había negado á castigar á los asesinos y á indemnizar á las familias de las víctimas. El derecho de gentes sancionaba el derecho y la obligación del gobierno francés de compeler al gobierno mexicano

á cumplir con sus deberes hacia la Francia, hacia Napoleón, hacia la humanidad.

Ciertamente habían sido asesinados en el corto tiempo que he marcado veintitrés franceses; pero como lo dice Lefèvre (1) : « ... salvando el respeto que debemos al representante de nuestro país, desafiamos á M. de Saligny á que nos señale un solo caso, entre los veintitrés que son objeto de su nota en que el crimen haya sido cometido por hombres pertenecientes al partido liberal ».

Los veintitrés franceses habían sido asesinados todos por reaccionarios y M. de Saligny, en vez de pedir á Juárez el castigo de los asesinos de sus compatriotas, los tenía escondidos en su casa y se había asociado á sus iniquidades como al negocio Jecker. Es Lefèvre, francés, quien nos lo hace saber : « Saligny con el cinismo de un criminal, aseguró en su nota á M. Thouvenel de 28 de Septiembre de 1861, que los asesinos eran todos juaristas (2) ».

El asesinato de veintitrés franceses después del triunfo de la Reforma en distintos puntos del país por diferentes jefes reaccionarios en el corto plazo de siete meses, infunde la sospecha de que tales crímenes constituyesen un medio político para enfu-

(1) Lefèvre, *le Mexique et l'intervention européenne*, pág. 215.

(2) El general Taboada asesinó al francés Lacoste en Nopala y después estuvo escondido en la casa de Saligny.

recer á Napoleón y obligarlo á cooperar con España en la intervención. ¿Por qué, en efecto, durante la guerra de Reforma no asesinaban á los franceses los jefes reaccionarios? La sospecha crece si se atiende al empeño de Saligny de cargar estos crímenes á la cuenta internacional de Juárez. Es de advertir que todos los franceses asesinados eran hombres pacíficos, indefensos, que no se mezclaban en política.

Por último, Napoleón creía que Juárez había resuelto entregar á México á los Estados Unidos y la misma creencia existía en Inglaterra y participaba de ella también Mr. Seward.

Nuestro Encargado de Negocios en Washington decía al Gobierno de Juárez en nota oficial : « El señor de Saligny dijo (en Octubre de 1860) que el Emperador nunca ha tenido mala disposición contra el gobierno constitucional; pero que cuando supo que había negociado con los Estados Unidos el tratado de 14 de Diciembre último (el tratado MacLane), le pareció más patriótica y nacional la causa del gobierno de la reacción (1) ».

En este punto Napoleón pensaba justamente. No cabe duda que Mr. Forsyth, como lo aseguró el Ministro Bonilla, reaccionario, en la nota protesta que remitió al Senado de los Estados Unidos; pro-

(1) M. Romero al Ministro de Relaciones, en Veracruz, 10 de Octubre de 1860. *Correspondencia de la Legación de Washington*, tomo I.

puso al gobierno reaccionario « la compra de una porción considerable del territorio nacional de México »; y digo que no cabe duda, primero porque no se llegó á conocer un Ministro americano antes de 1861, que no propusiese al gobierno mexicano comprarle parte de nuestro territorio; segundo, porque entre los documentos que remitió el Presidente Buchanan al Senado de los Estados Unidos relativos á este asunto y por resolución de dicho Senado consta la nota de Mr. Forsyth diciendo que el gobierno de México, que entonces lo era el reaccionario, pues á él habían reconocido los Estados Unidos « ...había rechazado la proposición para comprarle Baja California, Chihuahua, Sonora y Sinaloa por veinticinco millones de pesos (1). » Si el gobierno reaccionario hubiera aceptado la proposición de los Estados Unidos, la marina de guerra americana hubiera arrojado á Juárez de Veracruz, el efecto de los veinticinco millones hubiera sido dar el triunfo á la reacción, y el Presidente Buchanan hubiera dado todo su apoyo material y moral á Miramón. Los reaccionarios sacrificaron sus intereses de partido á su aversión por vender territorio á los Estados Unidos.

Más tarde el señor Matías Romero en nota oficial decía al gobierno de Juárez : « Por lo que el Em-

(1) Senate Report. 1858, pág. 101.

perador dijo al señor Fuente (Ministro del Gobierno juarista en París) en la entrevista que tuvo con él al presentarle sus credenciales el 10 de Agosto último, se conoce que no abrigaba sentimientos muy amigables hacia los Estados Unidos y que veía con disgusto que México ó que alguno de sus Estados fuesen absorbidos por ellos (1) ».

Probablemente Napoleón tenía conocimiento de las instrucciones dadas por Mr. Seward á Mr. Corwin, relativas al empréstito mexicano. Los Estados Unidos consentían en prestar dinero á Juárez, «... con la condición de que ese Gobierno, decía Mr. Seward, convenga en empeñar á los Estados Unidos, su fe para reembolso del dinero que tenga que pagar, con el seis por ciento de interés sobre su importe, y en asegurarlo con una hipoteca especial sobre los terrenos públicos y derechos comerciales que tenga en los diversos Estados de la Baja California, Chihuahua, Sonora y Sinaloa, y la propiedad empeñada de esa manera, llegaría á ser absoluta de los Estados Unidos si antes de expirar el plazo de seis años contados desde la fecha en que el tratado debe surtir sus efectos no se hubiere verificado el reembolso (2) ».

(1) M. Romero al Ministro de Relaciones en México. — Noviembre 7 de 1861. *Correspondencia*, tomo I.

(2) Mr. Seward á Mr. Corwin. — Abril 6 de 1861. *Correspondencia de la Legación de Washington*, tomo I.

Por otra parte, nuestro Encargado de Negocios, el señor Romero, avisaba oficialmente : « Mr. Corwin, Ministro de los Estados Unidos en México, escribió á su Gobierno que lo que se necesitaba para la paz en México era dinero. El Presidente y sus ministros aceptaron en principio la necesidad de auxiliar pecuniariamente á México, pero Mr. Seward quería que fuese como precio de la Baja California y de algunas otras porciones de territorio mexicano, mientras que Mr. Blair opinó que se diesen en cambio de privilegios comerciales (1) ».

El Ministro español señor Tassara hizo una confidencia á D. Matías Romero bastante explícita sobre las inclinaciones sospechosas del partido liberal á acceder á la ambición norteamericana : « Lo único, decía D. Matías Romero, que creo digno de comunicar á usted, de cuanto pasó en dicha entrevista, es el concepto de que una de las causas que más han influido á decidir al Emperador Napoleón á obrar contra México, según me aseguró, fué el permiso concedido por el Supremo Gobierno al de los Estados Unidos para pasar tropas americanas al través de nuestro territorio (2) ».

El órgano de Mr. Seward, *The Times*, de Nueva

(1) M. Romero al Ministro de Relaciones, México, Julio 17 de 1861. — *Obra citada*.

(2) M. Romero al Ministro de Relaciones, Noviembre 7 de 1861.

York, decía : « El partido llamado liberal en México ha hecho en el tratado Mac-Lane concesiones vergonzosas á los intereses esclavistas del Sur, intimidado ó comprado por los hombres de la esclavitud. Siempre honrará á Mr. Seward haberse opuesto á un convenio fuente de consecuencias funestas para los intereses de ambos países (1) ». Y D. Matías Romero escribía al gobierno de Juárez... « las simpatías de Mr. Seward estuvieron siempre del lado del llamado gobierno reaccionario (2) ». Y más tarde afirmaba : « Mr. Seward era el apoyo principal de la reacción en el Senado y el censor más austero y más amargo de la política que Mr. Buchanan seguía respecto de México (3) ». Ya la hostilidad de Almonte era escuchada hasta los Estados Unidos, pues el Señor Romero comunicaba á su gobierno : « D. Juan N. Almonte es un hombre favorablemente conocido en este país, pues, como Vucencia sabe, ha estado varias veces con el carácter de Ministro de México (4) ».

Era evidente que si el pueblo mexicano era ardientemente católico, como se le decía á Napoleón,

(1) *Times*, 13 de Diciembre de 1860. — Senate Report, 1861, pág. 52.

(2) Romero al Ministro de Relaciones. México, Agosto 1º de 1861. — *Correspondencia*, tomo I.

(3) Romero al Ministro de Relaciones. México, Diciembre 28 de 1861. — *Correspondencia*, tomo I.

(4) Romero al Ministro de Relaciones, Agosto 1 de 1861. *Correspondencia*, tomo I.

y Juárez había atacado á la religión; que si era muy celoso de su independecia y Juárez estaba vendiendo á los Estados Unidos el territorio; que si era amante del derecho y Juárez le imponía el vandalismo; que si era amante del progreso y Juárez lo había arrinconado en la miseria; que si era adorador de su buen nombre y Juárez lo desacreditaba faltando al pago de todas sus deudas y de todos los servicios no obstante los cincuenta millones anuales que pagaba ese pueblo con el sudor de su frente; tenía que odiar á su llamado Gobierno y ensalzar hasta la veneración á cualquier libertador nacional ó extranjero.

Por lo expuesto hay que admitir: las miras grandiosas y justicieras de Napoleón para intervenir en México estaban fundadas en cinco falsedades: país maravilloso, ingresos de cincuenta millones de pesos, intenciones del partido liberal de vender el territorio á los Estados Unidos, odio general al liberalismo, gobierno de facinerosos. Pero estas falsedades no eran destructibles. No era posible que Napoleón escuchase á los hombres que con éxito podían y estaban dedicados á descubrir la verdad. El clero francés había envuelto á la Emperatriz en su pesada influencia y de Morny evitaba que el Emperador fuera ilustrado, con el objeto de cobrar su parte del negocio Jecker. Si Jecker no se hubiera atravesado, Napoleón no hubiera sido tan vilmente engañado. Nuestro patriota, leal,

inteligente y activo Ministro en París, Don Juan Antonio de la Fuente, hubiera hecho brillar la verdad, pero no se le dejaba llegar hasta Napoleón. Si Napoleón se hubiera desengañado antes de emprender la intervención, ésta no hubiera tenido lugar ó hubiera cambiado de carácter, de forma, de fines, de programa. Por lo tanto, la intervención se verificó no porque Napoleón hubiera sido corrompido por Jecker, sino porque este negocio sirvió para aislar al Emperador de la acción de la verdad.

Hasta el momento de ocupar la capital el general Forey, Napoleón no fué más que un soberano engañado que rueda sobre un plano inclinado de errores donde se desgarran, hasta hacerse harapos, sus buenas y malas intenciones.